

QUINTA PARTE

TESTIMONIO Y RECOMPENSA DE LA PERFECCIÓN

CONFERENCIA XXIII

LO MARAVILLOSO EN LA VIDA DE LOS SANTOS

1. **Es un error no ver en la mística sino lo maravilloso, visiones ó alucinaciones.**—La base sobre que debe descansar la verdadera mística, es, según lo que hemos visto hasta ahora, una filosofía sana y una buena teología; ó, si esto parece demasiado erudito, una razón sana, una voluntad enérgica, una fe viva y un verdadero amor de Dios.

La perfección á que debe conducir la mística, consiste de la naturaleza y lo sobrenatural.

Así, pues, allí donde hay algo contrario á la naturaleza, es decir, en contradicción con la razón, no hay que hablar de mística. Cuando una supuesta mística sobrenatural enseña y hace practicar cosas inconciliables con las obligaciones naturales del hombre, no necesitamos largas investigaciones para saber si es ó no verdadera.

Todo lo que la verdadera moral natural exige, exígelo también la verdadera mística. Y lo que ésta añade en materia de prácticas sobrenaturales no hace más que terminar y completar lo que es humanamente terreno.

Por consiguiente, el que quiere marchar con seguridad por el camino de la perfección, no tiene necesidad—fuera de una dirección segura, en cuanto esto depende de él—más que de la fidelidad á su conciencia, de la antorcha de la fe y de una caridad verdadera y fuerte.

Hemos expuesto tanto estos principios en lo precedente, que parece superfluo repetirlos.

Pero cuando consideramos el mundo, en los antiguos tiempos como en los tiempos modernos, adquirimos fácilmente la convicción de que no podríamos proclamarlos suficientemente.

Parece que hay en el hombre una inclinación particular que le lleva á preferir lo extraño y lo extraordinario á su árido deber. ⁽¹⁾

Esta inclinación no descansa precisamente en las bellas cualidades del corazón. Porque, á decir verdad, el orgullo y la pereza son sus próximos parientes. Estos dos defectos están siempre dispuestos á obedecer las órdenes de un nuevo dueño, con tal que les prometa conducir la inteligencia más lejos en una hora de ensueño de lo que podrían hacerlo otros, ejercitándola durante años en la reflexión, y libertar el corazón de la sumisión á la fe, así como de la práctica de obligaciones penosas, para proporcionarle inmediatamente el medio de elevarse hacia la cúspide de la perfección.

De aquí el encanto que ejercen sobre los hombres las más audaces tendencias filosóficas y místicas, tan pronto como se dejan llevar de esta inclinación. De aquí también el fenómeno de que aparezcan siempre bajo nuevas formas.

Á esta inclinación hay que atribuir la opinión tan difundida, según la cual el nombre de mística es inseparable de singularidad y de extravagancia, y que todo deseo de querer conducir á ella al hombre, equivale á alejarlo de la razón y de la religión, y á hacerle buscar su dicha suprema en fantasías extrañas, y aun puramente ilusorias.

No hay que extrañarnos de que hayamos llegado tan lejos, dado que los hombres han seguido con mucha frecuencia esta ruta seductora. ⁽²⁾

La antigüedad no conocía enseñanza religiosa alguna, ni imponía, en nombre de la religión, ninguna obligación de tender á la virtud. En cambio, ofrecía á los que se de-

(1) Cf. H. von Seedorf, *Die wahre und die falsche Ascese*, 176 y sig.

(2) Cf. conf. XI, 6.

jaban iniciar en sus misterios la perspectiva de poder penetrarlos, así como también un poder sobre las cosas invisibles, una felicidad y una perfección que superaban de mucho la medida ordinaria. Cuanto más fué declinando la antigüedad, y cuanto más el Oriente, donde este error fué especialmente cultivado, ejerció su atractivo seductor sobre el Occidente, tanto más se difundieron estas monstruosidades de la goetia y de la teurgia, que prometían al hombre someterle todas las fuerzas sobrenaturales de modo tal, que pudiese hacer cuantos milagros quisiera, satisfacer todos sus deseos y sorprender todos los misterios.

Esta manía floreció especialmente en los tiempos que precedieron y siguieron inmediatamente á Jesucristo. Bastará recordar el predominio de las doctrinas secretas y de los cultos secretos: el neoplatonismo, Simón Mago, Apolonio de Tiana y los gnósticos.

Después del triunfo del Cristianismo, estas maniobras secretas se sostuvieron con más dificultad. Sin embargo, no desaparecieron nunca por completo, sino que continuaron existiendo gracias á la influencia de la cábala judía, de las sociedades secretas y de las sectas de la Edad Media.

Pero cuando, á la aparición del Humanismo, poco antes de la Reforma, cayeron las barreras de la fe, dominaron de nuevo estos errores en los sortilegios, con tal fealdad, que casi podían rivalizar con los abominables encantos de Oriente.

El espíritu de secta producido por la Reforma, fué terreno favorable para la propagación de estas monstruosidades. Y cuanto más se extinguieron en los corazones la fe y la caridad, más peligrosa se hizo la atracción ejercida por esa inclinación á lo extraordinario.

Existe hoy en el fondo del corazón de los mejores hombres cierta tendencia á esta monstruosidad, una curiosidad malsana en querer resolver todos los enigmas, criminales esfuerzos para libertarse de las miserias de aquí abajo; y todo esto alimentado por el disgusto de ver en todas

partes oprimido el bien, y por la idea de que Dios debería intervenir para detener los progresos del mal.

Sería curioso que el que ha sido embustero desde el principio, no se adelantase á esta inclinación.

En efecto, es evidente que desde hace mucho tiempo tiene en constante excitación los espíritus con bellaquerías sin cesar repetidas. Así es como se ha visto aparecer, casi sin fingimiento, la antigua serpiente en los conventículos nocturnos modernos del espiritismo, del magnetismo y del hipnotismo, vestida con elegancia, verdad es, pero fácilmente reconocible por su traje.

En verdad que cuando uno ve esto, no tiene necesidad de ser supersticioso ni santurrón, para decirse que, por lo menos, se halla en presencia de influencias muy malsanas y muy poco tranquilizadoras.

2. Danse en ese terreno ilusiones que proceden de influencias diabólicas y de faltas humanas.—No formularemos sobre todo esto un juicio demasiado severo, ni estamos dispuestos á decir que veamos siempre en ello al diablo en persona.

Sin embargo, nos vemos obligados á afirmar que se trata aquí de una tendencia de espíritu soberanamente inquietante y peligrosa, y que son inevitables las mayores decepciones, cuando una inclinación tan perversa para las cosas extraordinarias reina en los espíritus.

Sin duda que es permitido admitir que los fenómenos de que acabamos de hablar pueden explicarse de otro modo, es decir, que pueden provenir de causas fisiológicas, por consiguiente, que no está uno obligado á pensar siempre en la intervención directa de malos poderes, ó en una evocación consciente de Satán.

Pero lo que sí sostendremos contra todo el mundo, es que esta inclinación á lo extraordinario se ha abierto cómodo camino con la intervención de los poderes infernales.

Mucho nos asombramos de que haya personas que se burlen de nosotros á causa de esta manera de ver. Preci-

so sería violentar los ojos y la razón para negar que ha habido desde el principio diabluras, pactos con el infierno, influencias demoníacas. No hablaremos del Evangelio; sólo quien niegue sus relatos evidentes y claros, puede dudar de ello.

Ahora bien, si Satán se atrevió con el mismo Salvador, si el Apóstol juzgó bueno advertir á los primeros cristianos que el demonio se complace en disfrazarse de ángel de luz, ⁽¹⁾ no seremos tan ciegos para creer que nuestra fuerza es sobrado grande, nuestra inteligencia y nuestra cultura bastante poderosas, y nuestra virtud suficientemente sólida para ponernos al abrigo de sus ataques.

Una época que tan poco cree en la palabra del Hijo de Dios, ⁽²⁾ una época en que la caridad se ha enfriado en todos los corazones, ⁽³⁾ invita sencillamente á Satanás á venir á reinar en lugar de Dios.

Ahora bien, ¿ha habido jamás otras épocas más favorables para lograr este objeto que la nuestra, en la que no se cree ya en él, en que el pequeño número de los que admiten todavía su influencia, son, por miedo de que se les considere como gentes atrasadas, los primeros en alborotarse cuando alguien tiene el valor de mostrarlo con el dedo, en que todos estamos convencidos de que la luz de nuestra civilización y de nuestra ciencia relega completamente á la sombra á este poder siniestro?

¿Dónde, en la historia, se hubiera encontrado jamás una generación de la que hubieran podido decir con razón las burlonas palabras que pronunciaba en el *Fausto*: «El pueblo humilde no distingue jamás al diablo, aunque lo coja por la garganta?» ⁽⁴⁾

¿Quién censurará, pues, á un observador atento de los hechos, por creer que el diablo entra también en ellos por algo, y que marchamos á pasos agigantados hacia aquellos

(1) II Cor., XI, 14.

(2) Luc., XVIII, 8.

(3) Matth., XXIV, 12.

(4) Goethe, *Faust* (G. W. 1854, IX, 189).

tiempos «en que el espíritu del abismo se desencadenará», ⁽¹⁾ «para obrar prodigios capaces de seducir á los mismos elegidos?» ⁽²⁾

Sin embargo, no es esto una razón para probar la conducta de muchos que ven el diablo en todas partes. La malicia del corazón humano es tan insondable, y tan monstruosos con frecuencia los errores que el terco orgullo puede producir en la cabeza de un hombre instruido, que muchas cosas se explican sin necesidad de recurrir á la intervención de Satanás.

Pensamos ciertamente en él, cuando leemos cosas referentes á la pitia y á las orgías de los antiguos cultos secretos. Admitimos de buen grado que los Padres tenían excelentes razones para hablar de una influencia directa del diablo. ⁽³⁾ Y cuando se refiere de Mahoma que, en sus momentos de éxtasis, se ponía rígido como un cadáver, echaba espuma por la boca como un beodo, mugía como un camello joven y experimentaba violento zumbido en los oídos, ⁽⁴⁾ se nos impone la misma explicación.

Sin embargo no desconocemos que, de un lado, la vanidad y el hábito de la ilusión personal pueden producir una habilidad completamente extraordinaria en la exageración y en la invención, del mismo modo que un aumento en las fuerzas humanas mal empleadas; ⁽⁵⁾ y que, por otra parte, el peligro de ilusionarse á sí mismo, ó de dejarse engañar, no queda evitado por completo por el solo hecho de que no haya engaño intencionado.

De aquí que nos baste saber que el enemigo de la verdad y de la virtud gira sin cesar en torno nuestro, ora como león rugiente, ⁽⁶⁾ ora como serpiente astuta.

La debilidad humana nos explica lo demás.

(1) Apoc., XX, 3.—(2) Marc., XIII, 22. Matth., XXIV, 11.

(3) Justin., *Apolog.*, 1, 9. Athenagoras, *Legatio*, 26, 27. Minuc., *Octav.*, 26, 27. Lactant., *Inst.*, 2, 14. Tertullian., *Apologet.*, 22. Cyprian., *Idolor. vanit.*, 7. Augustin., *Civ. Dei*, 8, 26.

(4) Nöldeke, *Mohammeds Leben*, 22.

(5) Sprenger, *Mohammed*, I, 233 y sig., 237 y sig.

(6) Petr., V, 8.

En vez de reconocer en la humildad la base fundamental de toda perfección, quiere el hombre distinguirse y causar asombro.

No le gusta oír hablar de renuncia personal, de mortificación y de paciencia; pero, en cambio, haría milagros con mucho gusto. Las obligaciones ordinarias le parecen demasiado mezquinas. Las cosas extraordinarias lisonjean su egoísmo. No le agrada santificar su interior en un retiro silencioso. Hacer ruido con actos externos ó aparentes, es más fácil. Acompañar á Jesucristo en su triunfo ó en la Cena, no le desplace; pero compartir con Él sus angustias en el huerto de las olivas, así como las ignominias de la cruz, he aquí á lo que no puede resolverse.

Esta negligencia para consigo mismo, esta solicitud en precipitarse en el barullo del mundo, esta manía por lo extraordinario, este deseo de ver á Dios intervenir súbitamente en las negocios de aquí bajo, son las razones principales que en todo tiempo han producido las más graves ilusiones, y favorecido los malvados deseos de Satán.

3. Imposibilidad de lo maravilloso en el racionalismo y en el protestantismo.—Pero precisamente porque admitimos de buen grado todo esto, no estamos obligados, ni mucho menos autorizados, á negar todo el campo de lo extraordinario y de lo maravilloso, ó á rechazar por adelantado, como pura ilusión, todo lo que se presenta con este aspecto.

Seguramente que hay aquí grandes ilusiones; seguramente que es funesta ceguedad el que un falso misticismo trastorne el cerebro del hombre, de suerte tal que, como Jacobo Böhme, crea asistir al nacimiento del Salvador, como Jane Leade, recibir cartas de Dios, ó, como Gitchel, ser delegado por Él para librar al diablo del infierno. Y es igualmente una enfermedad mental el que uno vea día y noche espectros ante sí, como los caballeros locos de la Edad Media, los cuales estaban constantemente en lucha con espíritus y brujas.

Pero todavía es una ceguera más profunda el que el ra-

cionalismo, negando todo lo sobrenatural, llegue á concebir la resurrección del Salvador como simple prueba de la utilidad de un sueño reparador, y la historia de la bruja de Endor como efecto de un ayuno demasiado prolongado.

Por una parte, se es demasiado absoluto, y, por otra, demasiado poco. Llégase hasta arrebatarse á Dios su poder sobre el infierno y sobre el mundo. Ó bien se califica á todos los hechos extraordinarios de engaños, exaltaciones, locuras, fantasías, enfermedades mentales, histerismo, ó bien no se quiere manifestar la negación de ellos, y entonces se inventan, en nombre de la ciencia, estados físicos inexplicables y estados inquietos del alma, fuerzas desconocidas, extensiones fantásticas del espacio, propiedades místicas en la naturaleza y en el hombre, de suerte tal, que todos los que los oyen exponer y los leen, vense obligados á decir que, frente á acontecimientos tan incomprensibles, todos los milagros del Salvador y de los santos se hacen comprensibles, naturales y aun necesarios.

Ya hemos dicho que no consideramos como imposible todo lo que la fisiología proporciona para explicar las situaciones extraordinarias; sólo que nadie creerá que lo explique todo por modo puramente natural, y que haya hecho desaparecer del mundo lo sobrenatural.

También puede uno reconocer los derechos de esta ciencia sin perjudicar á los de lo sobrenatural.

¡Que siquiera puede la ciencia juzgar por modo imparcial todo lo que supera los límites de su dominio, como nosotros la juzgamos desde el punto de vista sobrenatural!

Si lo sobrenatural se armoniza con la ciencia, ¿por qué no ha de armonizarse la ciencia con lo sobrenatural?

Sin duda que es difícil creer en la intervención extraordinaria de Dios, cuando no puede uno deshacerse del racionalismo, ni siquiera en las cosas religiosas.

Allí donde lo sobrenatural es desterrado de la vida, allí donde la fe en Jesucristo, y aun en el mismo Dios, es arrancada de los corazones, ¿qué pueden hacer los mila-

gros y los hechos sobrenaturales? «¿Acaso se cogen uvas de los espinos, ó higos de las zarzas?»⁽¹⁾

Evidentemente, si alguien quisiese hablar de milagros y profecías, de comunicaciones y estados sobrenaturales en el terreno de una fe mediana ó de la incredulidad, preciso sería interpretar esto como engaño ó ilusión.

Á veces, los que de ello se glorifican pueden ser personalmente personas muy estimables; pero mientras tienen por base una religión y una manera de considerar la vida huérfanas de lo sobrenatural, se engañan ciertamente cuando creen poder elevarse hasta las cosas sobrenaturales.

También nosotros consideramos como errores todas esas supuestas visiones y éxtasis, esas luces interiores y esas emociones que vemos en los cuakeros, en los metodistas, en los irwingianos y en el interior de tantas otras sectas modernas.

De aquí que comprendamos perfectamente que el que no ha aprendido á conocer lo extraordinario bajo otra forma, tiene motivo fundado para ponerse en guardia contra la fe en el milagro y en lo sobrenatural.

4. Los milagros están inseparablemente unidos á lo sobrenatural, y son prueba del carácter sobrenatural y de la verdad de la Iglesia.—Con todo, los abusos, los ataques y las negaciones sobre este punto no podrían ser otra cosa que una exhortación á proceder con la mayor prudencia y circunspección, siempre que se encuentre uno en presencia de hechos de esta especie.

Por otra parte, esto es lo que ha hecho siempre la Iglesia. Y difícil sería ser más severo que ella en esta especie de cosas.

Sin embargo, una sabia prudencia no excluye *a priori* todo lo que es milagroso. Existe lo sobrenatural. Ahora bien, si es verdad—y lo es—que lo sobrenatural se une á lo natural, hay también hechos sobrenaturales en la naturaleza. Lo sobrenatural no suprime la naturaleza, sino que

(1) Matth., VII, 16.

la transfigura, la eleva, la penetra, como lo hace el alma con el cuerpo. En este caso, debe manifestarse por efectos que le son propios.

Por consiguiente, toda la cuestión de saber si existen cosas extraordinarias y milagrosas se resume en la exacta concepción de las relaciones entre lo natural y lo sobrenatural.

Acabamos de decir que allí donde es rechazado lo sobrenatural, ningún poder sobrenatural puede ejercer una acción saludable; porque los hijos de la incredulidad son los que sufren especialmente estas influencias perniciosas del más allá, causa de seducción y de perjuicios enojosos para los hombres.

Evidente es también que lo sobrenatural se manifiesta allí donde existe la fe y la vida cristiana. El Salvador ha dicho: «Quien cree en mí, ese hará también las obras que yo hago, y las hará también mayores».⁽¹⁾

No hay que asombrarse, pues, de que hayan tenido lugar milagros y hechos extraordinarios allí donde vive y obra la verdadera fe en Nuestro Señor; precisamente lo contrario es lo que debía sorprender.

Si dejamos desarrollarse por completo en nuestro espíritu y en nuestro corazón las fuerzas sobrenaturales, por la fe viva, y por una vida según la fe, las pruebas más visibles de la influencia divina se unirán á nuestra sombra, como en otro tiempo á la de San Pedro.

El que se ha convertido en verdadera morada del Espíritu Santo y tiene completa semejanza con Jesucristo, es igualmente apto para participar del poder que Dios dió á su Hijo cuando vivía en la tierra. Si la cabeza ha poseído un poder tan maravilloso sobre el cielo y la tierra, sin duda alguna que el cuerpo experimenta también sus efectos.

Como ya lo hemos dicho del profetismo,⁽²⁾ la continuación del poder de hacer milagros no es la última prueba de la divinidad de la Iglesia. Si es el cuerpo del Salvador,

(1) Ioan., XIV, 12. Cf. Matth., XVII, 19. I Cor., XIII, 2.

(2) V. *Introduct.*, 2.